

**XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024**

Primer Premio: *Respirar piedra*

Pseudónimo: *Silíceo*

Autor: *Pablo Miguel Argudo, Valencia*

Antes del primer aviso, el aire entraba limpio en mis pulmones. Recuerdo esa última bocanada de cielo abierto: el aroma a eucalipto, la humedad del amanecer, la promesa del día nuevo. No sabía entonces que sería la última vez que respiraría así, que el oxígeno bailarían tan ligero dentro de mí. En la superficie, todavía ignorante, mis pulmones se expandían con la libertad de quien no conoce su destino. El viento del norte traía entonces el sabor de las montañas, y cada inhalación era un regalo que daba por sentado, como tantas otras cosas antes de la mina.

La primera señal fue sutil, como un beso de polvo en los bronquios. Un roce mineral, apenas perceptible, que se fue haciendo nido en los pliegues más profundos del aliento. Los médicos tienen nombres para esto, palabras largas que intentan explicar cómo el aire se vuelve piedra dentro de uno. Pero yo lo sentí antes de que ellos lo dibujaran en sus radiografías: el carbón había empezado a amarme por dentro. Al principio intenté negarlo, como todos. Me decía que era el frío de la madrugada, el cambio de estación, quizás un resfriado que se resistía a marcharse. Pero en las noches, cuando el silencio amplificaba cada respiración, podía escuchar el suave crepitar del polvo construyendo su arquitectura de cristal en mis alvéolos.

Cada inspiración fue, desde entonces, un pacto con la mina. Un intercambio de naturalezas: yo le entregaba mis alvéolos rosados y ella me devolvía su esencia negra, su eternidad mineral. No fue una invasión violenta, sino una danza lenta, un cortejo de polvo y tiempo. Mis pulmones aprendieron a filtrar estrellas de carbón, a convertir cada bocanada en un universo oscuro y brillante. A veces, en la profundidad del tajo, cuando la lámpara del casco dibujaba sombras en las paredes húmedas, me parecía que la mina respiraba conmigo, que su aliento antiguo y el mío se habían vuelto uno solo. El polvo de carbón flotaba en el haz de luz como una galaxia en miniatura, y yo entendía que estaba presenciando mi propia transformación.

Ahora, mientras escucho el crepitar cristalino de mi última respiración, entiendo que nunca hubo manera de evitarlo. La mina siempre encuentra el camino para convertir a sus hijos en parte de ella. Mi cuerpo ya no lucha: acepta esta metamorfosis con la serenidad de quien reconoce, al fin, su verdadera naturaleza. En el espejo de la madrugada, mis ojos brillan con polvo de antracita. El aire se ha vuelto denso y precioso dentro de mí, cada respiración es un tesoro negro que custodio con celo. Me he convertido en la veta más profunda de mí mismo, en galería viviente, en mineral que respira. La mina y yo hemos sellado nuestro pacto final: ella vivirá en mis pulmones hasta que mi último aliento se convierta en polvo de estrellas.